



El maletín de Sneyder

Pedro Medellín Torres*

Hablan de estatizar y privatizan

Si los publicistas del presidente Petro buscaban un símbolo que sintetizara los dos primeros años de gobierno de izquierda en Colombia, finalmente, lo han encontrado. Una prueba aportada por Sneyder Pinilla esta semana a la Fiscalía, dentro de los 30 folios de pruebas con las que espera tener un principio de oportunidad, ha dado la imagen precisa: un maletín negro, con espacio suficiente para poner mil quinientos millones de pesos en efectivo, que se entregarían a un alto funcionario público para que ayudara al Gobierno a aprobar las reformas prometidas en la campaña presidencial de 2022.

Es el símbolo perfecto. No solo ilustra qué tan flexible es y qué tan dispuesta está la clase política para tomar sus decisiones cuando está frente a los estímulos que le ofrece el gobierno de turno (o un agente privado) para que vote en uno u otro sentido un proyecto de ley en el Senado o la Cámara de Representantes, o para que tome una determinada medida administrativa (si es funcionario del Gobierno) o una decisión judicial (si es de la administración de justicia), con la que alguien se va a beneficiar. La imagen del maletín también revela qué tan frágil puede llegar a ser el aparato público cuando se encuentra ante una fuerte presión de los intereses privados por una determinada decisión pública.

En su propósito de tomar el control del gobierno, Petro, lejos de consolidar la institucionalidad gubernamental, profundizó la informalidad de las reglas y el manejo de las entidades de gobierno. Sin que fueran actos acordados y explícitos, cambió las condiciones exigidas para ejercer los cargos en los que el perfil de las personas que había escogido no cumplía con los requisitos. Los casos del Invi-ma, Nueva EPS, el Ministerio de Minas y Ecopetrol son apenas una muestra. En busca de resultados políticos alteró los sistemas de ascensos o elección en las organizaciones meritocráticas como las Fuerzas Militares o las universidades (como en la elección de rector de la Universidad Nacional). En su pelea con la tecnocracia, particularizó el sistema de reclutamiento y selección de la burocracia, para poner en su lugar amigos o aliados sin la competencia para asumir las responsabilidades que se requerían, como en los casos del Ministerio de Ciencia y Tecnología, el de Agricultura, el de Hacienda o el Departamento Nacional de Planeación. Incluso, en los casos que exigían un mínimo de formación y experiencia especializada, la cercanía al poder presidencial se volvió el criterio de escogencia, como en los casos del Bienestar Familiar, el Departamento de Prosperidad Social.

La falta de criterio en la selección de los militares que debían comandar las tropas lo llevó a descabezar a 62 generales del aparato, dejando los cuerpos y las operaciones en militares con la formación pero sin la experiencia, que ahora (rompiendo una regla de oro) lo ha obligado a llamar de nuevo a un general retirado para que asuma la comandancia del Ejército.

La falta de preparación y experiencia para manejar los ministerios y las demás entidades públicas nacionales no solo se ha traducido en una incapacidad para estructurar políticas públicas y gestionar los recursos públicos hacia los territorios. También le ha abierto las puertas del Gobierno a la corrupción, que, lejos de haber sido desterrada, se ha consolidado y democratizado. No solo por el paso de los gobiernos de derecha a los gobiernos de izquierda, sino porque puso en evidencia la existencia de unos “anfibiaos ideológicos” que se mueven a placer en el mundo de la corrupción con los políticos de uno y otro signo ideológico. Tanto que han institucionalizado el “maletín de Sneyder” como el más importante y representativo símbolo de estos dos años de gobierno de la izquierda en Colombia.

Dura paradoja la que vive este gobierno: en el discurso hace todo para impulsar la estatización, pero en la práctica no ha hecho más que privatizar las instituciones de gobierno, sus espacios decisionales y la asignación de sus recursos públicos.

“

Petro, lejos de consolidar la institucionalidad gubernamental, profundizó la informalidad de las reglas y el manejo de las entidades de gobierno.